

# LA REVOLUCION EN AMERICA

Por Don Rafael Nieto

El Congreso Pan-Americano de Santiago de Chile ha fracasado. Es el quinto fracaso. Solo que este fracaso parece más doloroso que los cuatro fracasos que en el curso de tres décadas ocurrieron en Washington, México, Río Janeiro y Buenos Aires. Y es que ahora, en las horas de angustia en que el mundo vive; en la expectación inquietante de un ineludible cambio social, se pensó que los congresistas reunidos en Santiago no podrían ya volver con las manos desesperadamente vacías.

Pero el fracaso era inevitable. Los gobiernos de la mayor parte de los países de América—de los más fuertes sobre todo—no pueden, mientras sean lo que son, servir de vehículos para alcanzar una solidaridad continental.

La unidad económica de toda América, es requisito previo e indispensable para un entendimiento político internacional. Y la unidad económica continental no puede alcanzarse, sin tener por base la igualdad en los derechos económicos de todos los países americanos—grandes y pequeños.

Y ahí de la dificultad. Los gobiernos de los países fuertes, instrumentos de plutocracias más o menos poderosas, son enemigos de la igualdad económica internacional. Su interés es el interés de los explotadores en los países UNDEVELOPED y estriba en mantener una condición de privilegio. En el caso de los Estados Unidos la preponderancia económica reviste un aspecto militarista, absorbente, exclusivista, expansivo y agresivo. En los países más fuertes de Sud-América, la rivalidad económica, latente apenas, seguirá a la rivalidad político-militar ya en pleno e hiriente desarrollo. Posiblemente es México el único país de América que se ha liberado ya del dominio de una clase plutocrática, que no alienta propósitos de supremacía económica o política, y que iría sin egoísmos a un igualitario entendimiento continental.

Si la mayoría de los países de América—incluso los Estados Unidos—hubiera ya salido como México de las garras de sus plutocracias, las conferencias Pan-Americanas se resolverían necesariamente en la abolición de la guerra, en la explotación económica solidaria y unitaria del más rico continente del globo; en el funcionamiento de una Corte de Justicia Continental, y en la integración de la mayor federación económico-política que hayan visto los siglos.

Y llegaríamos entonces a evitarnos el bochorno con que se escucha ahora en la mayor parte de este continente la frase "América para los Americanos", síntesis de una doctrina agresiva y egoísta que, según la expresión de Mr. Fletcher, jefe de la delegación de los Estados Unidos en Santiago, "no es un entendimiento regional, sino una política nacional unilateral de los Estados Unidos"; es decir, el disfraz con que un "gobierno de plutócratas trata de encubrir una acepción real: "América para los Estados Unidos". Y no habría ya entonces motivo para la forzada actitud de insolidaridad expuesta por la delegación que envió a Santiago la Casa Blanca, al rehusar explícita y rudamente la incorporación de la Doctrina Monroe en un tratado internacional, que suscribieran todos los gobiernos de la América. Y ya entonces, sin las avideces imperialistas de una plutocracia omnipotente, se impondría la frase que opuso al SLOGAN de la Doctrina Monroe, el delegado argentino Sáenz Peña en la Conferencia de Washington de 1889: "América para la Humanidad".

Pero para eso sería preciso que la revolución llegara hasta los gobiernos de los países de América—de los más grandes y fuertes sobre todo. Y no nos referimos necesariamente a una revolución devastadora y sangrienta. Queremos aludir a la transformación mental colectiva ya en pleno desarrollo; a la revolución socio-intelectual, no que habrá de venir, sino que está ya entre nosotros, que a cada instante da muestras de presente, y que está llamando con fuerza a los umbrales de la historia contemporánea.

La evolución de las sociedades no

está sujeta, como querían hacernos creer los positivistas y los neo-darwinistas de hace dos décadas, a un desarrollo continuo y ordenado, sin más alteraciones que las pugnas competitivas resueltas en la supervivencia del más apto. Después de los estudios de sociólogos como De Vries y Polakov, resalta la evidencia de que la evolución tiene que ser necesariamente discontinua; que las sociedades avanzan por saltos y por sacudimientos; y que, tras de las crisis violentas, ocurren los cambios no por condiciones antagónicas y hostiles, sino precisamente por la causa opuesta: las circunstancias favorables que crean la abundancia y la plenitud de la vida.

En las relaciones internacionales y en los derechos de propiedad, es donde la revolución social presente se muestra con imperativas manifestaciones que los conformistas tachan de herejías. Solo que la vida social crece precisamente por herejías. El Cristianismo fue en sus comienzos una herejía. El Protestantismo fue a su vez una herejía. Ann la libertad de los esclavos y la manumisión de los indios, se consideraron en su tiempo como herejías económicas y aun como herejías morales. Pero de una en otra herejía se va llegando a la verdad. América, como el resto del mundo, ha emprendido desde hace varios años el salto herético evolutivo, y está sufriendo ya las energías sacudidas de la crisis. Es decir, América, como el resto del mundo, se encuentra en plena revolución social. Y cabe marcar las distinciones.

Las revoluciones políticas, tan frecuentes en los países latino-americanos, implican un cambio repentino en la forma de gobierno o en el personal de los gobiernos. Cuando son las revoluciones meramente políticas, afectan sólo a la institución gubernativa; se resuelven en cambios superficiales e importantes; apenas si rozan la epidermis económica y social de las colectividades, y dejan inalteradas las condiciones de vida de las masas sufrientes.

Las revoluciones industriales son de una significación mucho más honda. Arrancan de la infra-estructura social; conciernen a la habilidad del hombre para sustentar su propia vida; transforman los métodos de producción, y alteran la distribución y la acumulación de la riqueza.

Las revoluciones sociales adoptan generalmente los dos aspectos anteriores, y arrancan invariablemente de una conmoción económico-industrial. Implican cambios en la política, en la económica, en las costumbres, en el derecho, en la ley, en la moral, en la psicología colectiva...

Las revoluciones políticas (cautelazos o golpes de Estado) pueden hacerse a la orden de líderes o caudillos. Las revoluciones industriales y sociales "vienen sigilosas por las obscuras vías subterráneas de la Historia" (Araguistain); son producto de fuerzas sociales internas incontrolables por los grupos políticos; surgen como consecuencia del fracaso de un orden social en proporcionar alimento y libertad a las multitudes; representan una liquidación violenta del pasado, y se manifiestan por un vigoroso y libre espíritu público, que revisa y remodela los valores sociales establecidos.

Y es esta la revolución en que se encuentran al presente la América y el mundo. Los gobiernos y las clases plutocráticas no pueden evitarla. Las fuerzas sociales generadoras del salto evolutivo, se encuentran más allá de la influencia inmediata y directa de líderes y caudillos.

En la Historia los comienzos de las transformaciones sociales han sido siempre pacíficos. La Revolución francesa dió principio con una asamblea de representantes populares, legal y ordenada, que reclamaba los derechos usurpados al pueblo por la autocracia feudal. La violencia surgió cuando la Revolución fue atacada con las armas por los autócratas. La revolución americana principió con reuniones tranquilas y legales, donde los ciudadanos trataban de ejercer sus derechos constitucionales. La violencia ocurrió cuando los soldados ingleses, a las órdenes de

una oligarquía comercial, dispararon sus armas sobre el pueblo. La Revolución mexicana comenzó con la tranquila emisión de ideas, adversas a la continuación en el poder de una oligarquía plutócrata. La violencia reventó cuando los oligarcas negaron de hecho a los inconformistas los más elementales derechos humanos.

En México la destrucción de riqueza y el retroceso en la producción, no fueron consecuencias aisladas de una crisis destructora y violenta. La Revolución misma fue el resultado inevitable de la desintegración política y de la corrupción económica en que culminó la obra miope y criminal del viejo régimen. Y el exacerbamiento en la violencia, no fue sino una consecuencia inevitable de la ciega obstrucción con que se quiso detener la marcha de un movimiento de renovación social que dura todavía.

Como en México, la Revolución social en América dejará de ser democrática y ordenada, si los gobiernos, por arrogancia o estupidez, se empeñan en obstruir sistemáticamente el desarrollo evolutivo. Como en México, tal será el caso de los países de América: desorden, violencia y destrucción—como preliminares de una transformación social—si los gobiernos y las clases plutocráticas se obstinan en su arrogante oposición a las fuerzas vitales de una Democracia Económica, que nos está llegando por esas "oscuras vías subterráneas de la Historia."

Mientras los países de América—como una de las primeras etapas de la Revolución social en que vivimos—no se desembaracen de sus oligarquías plutocráticas, Congresos como el de Chile sólo habrán de servir para evidenciar el miserable fracaso, en lo internacional, de un régimen que en lo interior ha bien servido para maquinizar al hombre y hacer más sombría su esclavitud económica.

En Santiago se trataron las mismas cuestiones de menor importancia que se habían ya acordado en anteriores Conferencias Pan-Americanas (patentes, marcas de fábrica, derechos de publicidad, medidas sanitarias, etc.) pero en las que, por las ventajas unilaterales de los Estados Unidos, no se ha llegado nunca a la ratificación de las Legislaturas latino-americanas.

Por sobre las cuestiones fundamentales se pasó en Santiago como sobre ascuas. A la sugestión de un acuerdo continental extra-Monroe basado en el proyecto de Liga inter-americana sometido por el presidente Brum del Uruguay, respondió el NOLI ME TANGERE con que la delegación de los Estados Unidos recubrió su doctrina unilateral e imperialista. En la revisión de las reglas constitutivas de la Unión Pan-Americana, presentada y defendida gallardamente por la delegación combativa que envió Costa Rica, se llegó a una transacción que encierra un bochorno continental, por el recudamiento colectivo ante la intransigencia de los Estados Unidos.

La discusión sobre el proyecto presentado al Comité Jurídico de la Conferencia para el establecimiento de una Corte de Justicia inter-americana, con jurisdicción obligatoria en la resolución de las disputas internacionales, fue apresuradamente bloqueada por los enviados de Washington. No importó la jactancia de la administración del presidente Harding de que los Estados Unidos fueron y siguen siendo campeones de la Corte Internacional de La Haya. Una Corte inter-americana traería desagradables consecuencias para la Casa Blanca; están ahí para resolución los casos del mar Caribe, donde los marinos de los Estados Unidos han reducido al vasallaje a pueblos de América que fueron libres.

La limitación de armamentos, última cuestión trascendente sometida a las Conferencias, terminó con una disputa entre Brasil y Chile. El programa naval y militar iniciado en Río Janeiro por el Presidente Pessoa y puesto en práctica por expertos de los Estados Unidos, tenía que pugnar con los propósitos pacifistas que hicieron ganar su elección en Chile al presidente Alessandri. Y ni siquiera pudo

CeDinCI

Fondo José Martí

Serie: .....

Signatura: .....

Nº de Doc.: .....

Folios: .....

*El autor del artículo es el actual gobernador de la Revolución en América de San Luis Potosí y alcalde de la ciudad de México*

Lunes 25 de junio de 1923

EL UNIVERSAL

Hegarse en Santiago a la situación que en el Haya hicieron irónicamente célebre las famosas palabras de M. Bourgeois: "el mundo se congregó para asegurar la paz y sólo tuvo éxito en sancionar la guerra."

En resumen, el Congreso Pan-Americano de Santiago, como los productos híbridos en biología, resultó estéril. Y es que no puede aparejarse el imperialismo económico de los Estados Unidos con la autonomía en perenne sobresalto de los pequeños pueblos de América. Ni pueden amalgamarse los levantados propósitos internacionalistas de una emergente intelectualidad latino-americana, con la decrepitud moral de muchos rancios diplomáticos profesionales. Una minoría de representantes de pequeños pueblos de América—representativos también de la nueva mentalidad revolucionaria—se encontró en Santiago, asombrada e inquieta, como un pájaro dentro de una iglesia que viera oficiar en el altar a un tigre.

Cuando las teorías, heraldos de una esperada palingenesis social, se hayan templado en mayores pruebas pragmáticas; cuando desde Quebec hasta Santiago y Buenos Aires, los gobiernos se encuentren integrados por representantes del proletariado de América; cuando no existan ya plutocracias que codicien los recursos naturales de este continente, con espíritu semejante al que alentaba antaño a los MERRY MEN de Inglaterra para salir al paso de las flotas españolas; cuando la Revolución—democrática y pacífica o autocrática y violenta—haya extirpado a los que exigen de los pueblos débiles la bolsa o la vida y toman de ordinario... la bolsa y la vida—los Congresos Pan-Americanos dejarán de ser híbridos y estériles.

Porque no se tratará entonces de fingitar nuevas teorías en troncos sociales carcomidos. Porque la solidaridad económica y política de América habrá surgido entonces con la lozanía y el vigor de una recia juventud.

RAFAEL NIETO.

Próximo artículo: "La ausencia de México en las Conferencias de Santiago."